

ESFUERZO

ORGANO OFICIAL DE LA ASOCIACION POPULAR PRO-CULTURA

Ex-Primer organo oficial del Comité de Reconocimiento al Maestro y Pro-Cultura Popular

(UNA VOZ Y ASPIRACION POPULAR LEVANTADA DESDE EL 10 DE MAYO DE 1941)

Correos del Uruguay - Impresos de interés general. - Decreto del P. E. de 1951 - Permiso N° 88

Asociación Popular
Pro Cultura

Sesiones y Corresp
Ateneo de
Montevideo

★

"ESFUERZO"

Redac. responsable

M. C. Amorín de
Valiño

Rivera 3336

Teléf.: 41.00.71
Montevideo

Año VIII

Cuenta N° 56

Montevideo, 2° trimestre de 1955

Distribución gratuita

Nro. 27

Una página olvidada de Don Juan Zorrilla de San Martín

"MONTEVIDEO"

Desde París, en 1887, don Juan Zorrilla de San Martín, entonces diplomático, envió a Julio Herrera y Reissig un fragmento de su libro inédito "Mi tierra". La página fué publicada en "La Revista", Año I Nro 7, Tomo II, del 10 de abril de 1900. El poeta de "Tabaré" no publicó el libro que se proponía escribir; pero los trozos anticipados evidencian de qué manera sentía a su patria quien fué su voz en los momentos culminantes. La publicación de esta página es nuestro mejor homenaje a quien se le tributarán merecidas alabanzas en ocasión del próximo centenario de su nacimiento. Mantener vivo el culto a nuestros grandes hombres es tanto como mantener encendida la lámpara votiva. En tanto vivan quienes procuren que la llama ni se amengüe, ni se apague, el recuerdo justiciero señalará la permanencia de los grandes rectores de nuestro rumbo patriótico.

J. Pereira Rodríguez

He visto muchas ciudades que han nacido a la sombra de sus monumentos, se han agrupado en torno de ellos y han conservado su viejo carácter feudal que constituye su encanto: Toledo en torno de su catedral y de su alcázar; Pisa arimada a los cuatro monumentos de su plaza, original como ninguna.

En otras partes he visto construir monumentos para las ciudades; no para satisfacer necesidades, sino para darles esplendor, para combatir rivales; se ven hinchazones por un lado, depresiones por otro, desequilibrio y contraste. Es preciso guiar al extranjero para que no reciba malas impresiones; mostrarle ciertas cosas, ocultarle otras.

Montevideo ha crecido y va creciendo como un organismo vivo y sano; la misma sangre circula por todas sus arterias. Nada hay que ocultar ni que indicar al viajero, porque todo está a la vista: es una ciudad transparente.

Y en eso consiste toda su belleza; no hay que buscarla en otra parte, no hay que hincharse como la rana.

Yo recorro Montevideo encantado: de la plaza Constitución paso a la de Independencia, hermosísima plaza en construcción, en la que ya se ha caído en la tendencia a la uniformidad, y en cuyos portales, de columnas toscanas, se ha incurrido en el defecto garrafal de no poner un cornisamento clásico; veo el arranque de la calle 18 de Julio, que es una avenida triunfal hacia lo alto de la otra plaza en que yo colocaría el gran monumento de la apoteosis nacional: un arco, un grupo, un montón de recuerdos de piedra y bronce; miro hacia todos lados la variedad de horizontes que van apareciendo en el extremo de las calles que cruzo, y que se cortan en ángulo recto, horizontes siempre varios, siempre ricos de color y de línea; pueblo con la imaginación los sitios más hermosos: aquí una estatua; allá un arco que se recortaría como una gloria en el cielo azul; más allá una cúpula; veo así en mi imaginación la ciudad más hermosa del mundo. Me doy cuenta de las nuevas construcciones que se han realizado en mi ausencia; las miro como jalones de nuestra marcha hacia adelante.



lante, las examino, les doy la bienvenida a mi tierra, si son hermosas; y de todo esto me formo una impresión que quisiera consignar con fidelidad.

Montevideo reclama el concurso del arte. Como antes decía, la imaginación lo complementa y abriga; se anhela ver hoy lo que verán los que vivan dentro de cien años, cuando Montevideo tenga un millón de habitantes; pero a mí me produce, sin embargo, esta nuestra ciudad una impresión especial: me parece ver en ella algo así como el esbozo genial de un gran pintor: uno quisiera verlo perfectamente acabado, ajustados los tonos, terminado el dibujo, ejecutada en todos sus detalles la composición; pero al verlo tan hermoso y ante el temor de que, al acabarlo, se debilite su tonalidad general, su vigor y su frescura; ante el temor de verle perder la franqueza y la valentía de su carácter, casi se prefiere dejarlo estar tal como está: inconcluso, pero fresco y sugestivo.

Venga el arte, y vendrá seguramente, a acabar este encantador boceto de gran ciudad; pero ha de venir con dos condiciones: primero, no ha de arrebatarse su carácter arquitectónico: sus líneas rectas, sus aristas nítidas, sus techos planos, su arquitectura racional, impuesta hasta ahora por su desarrollo espontáneo; en segundo

lugar, Montevideo debe decir al arte, por más rey que sea, lo que Diógenes al otro rey: ven, pero no me quites lo que no me puedes dar y constituye mi belleza: el sol, la luz, los horizontes.

Montevideo ha tenido desde su origen, y ha conservado, el método de construcción y la arquitectura que le son propios, los que corresponden a su naturaleza y a su clima, y que son los más puros y hermosos: la bóveda, en los grandes edificios, la construcción de azotea, de techo plano, importada del mediodía de España, de Sevilla, de Cádiz, en las de menos importancia. A eso se ha adaptado después admirablemente la arquitectura greco-romana que nos han traído los arquitectos italianos: las esbeltas líneas clásicas, los entablamentos de líneas rectas, las decoraciones sobrias de grecas y guirnaldas, los dinteles y frontones correctos, las columnas de los órdenes clásicos aplicados sin esfuerzo a las construcciones más insignificantes, y que son graciosas por la circunstancia de no estar aplastadas por las pesadas techumbres que exigen otros climas. La azotea, ligera y alegre, ha permitido, por el contrario, recortar la línea superior del edificio con pretilos y balaustres graciosos, que se proyectan con frescura en el cielo; lanzar al aire cornisas expresivas y nobles, balcones llenos de relieve, un busto, una estatua. Sobre ellas se han podido levantar, sin esfuerzo, esos miradores cuadrados, de aristas rectas y sencillos cupulines, que tanto contribuyen a dar carácter y blancura a la ciudad.

Esa esbeltez de sangre griega es la que es preciso conservar. No nos dejemos dominar por el prestigio de las ciudades europeas del Norte: si ellas pudieran tener nuestra azotea, la emplearían de mil amores. No hagamos como los niños que anhelan ponerse gafas.

Los techos plomizos abohardillados; los ojos de buco; los aparatos de techumbres oblicuas, que aparecen más arriba de las cornisas superiores en los edificios europeos, son impuestos por la necesidad, allí donde la nieve exige grandes declives para caer, o donde los enormes descensos de temperaturas producen fuertes contracciones;

pero eso no es hermoso: pesa, aplasta el edificio, arrebatada toda su nitidez a las líneas superiores, y da al conjunto de la ciudad un aspecto monótono y triste. ¡Cuántas veces he deplorado yo, al pasar frente al Louvre en París, que sus cornisamentos, sus frontones, sus estatuas, que son una maravilla, se proyecten sobre el fondo plomizo de los techos oblicuos que tienen detrás! ¡Si todo eso se recortara sobre el cielo, como se recortan en Montevideo los más insignificantes detalles de modesta construcción!

Argel es la ciudad que tiene más analogía de construcción con Montevideo, porque su clima se lo ha permitido. Francia se ha guardado bien de llevar a su hermosa colonia la edificación de París; le ha conservado sus terrazas, sus pretilos, sus blancuras; no le ha arrebatado lo que no podía darle. Barcelona, que es un modelo de ciudad moderna en sus ensanches, sin dejar de ser una ciudad monumental en su casco antiguo, no ha abandonado la línea recta de sus techumbres.

Que no venga, pues la bohardilla a echarnos a perder nuestro blanco Montevideo; que las líneas arquitectónicas clásicas, que en él predominan, no vayan a ser sustituidas por las de esa arquitectura híbrida, que ca-

(Concluye en la pág. 5)

“ MONTEVIDEO ”

(VIENE DE LA 1.ª PAG.)

racteriza la falta de creación artística y el anhelo de hinchazón de nuestra época. Nuestro siglo no ha creado una línea arquitectónica propia; y, en el deseo de originalidad forzada y de grandeza sin ideal que caracteriza tantas de las manifestaciones del arte contemporáneo, ha formado algo que podríamos llamar arquitectura “arqueológica”: ha pedido líneas a lo gótico, a lo románico, a lo árabe, a lo egipcio, a lo oriental, y levantado cantones arquitecturales enfáticos que dan grima. De ahí esas cúpulas sin objeto que parecen tapas de sopera, esas torrecillas sin destino, esos abullamientos llamativos que no tienen más objeto que decir: mirennne ¿verdad que soy muy grande, muy raro?

Tu cabeza es hermosa, pero sin seso, decía al busto la zorra de la fabula. No estás en tu sitio, dice uno a la torre árabe sobre edificio del renacimiento.

La arquitectura, más que cualquier otro arte, debe ser racional: allí donde se puede obtener un resultado con una línea, no se deben emplear dos; una columna o un arco deben soportar la gravitación de un peso proporcional; una cúpula debe tener un destino, aumentar la masa de pira del interior, dar luz, cerrar racionalmente un espacio vacío circular; una torre no ha de subir sin objeto. Esa ha sido la base de todos los estilos arquitectónicos. Así procedieron los griegos tomando sus li-

neas de la construcción primitiva humana; así los romanos y los bizantinos, cimentando sobre aquellas líneas la bóveda y la cúpula y el arco, así la edad media tomando del bosque su bóveda ojival, y del árbol su sonora torre aguda, símbolo de oración. Sólo nuestro arte contemporáneo levanta cúpulas para no ser habitadas, torrecillas mudas y que no dan acceso a nadie, a las que nadie sube, arcos y columnas que nada soportan, y que son emblema de vanidad y vida precaria y sin objeto.

Montevideo ha tenido ya algo de eso en épocas de hinchazón artificial, en que hacen irrupción las imitaciones de lo exótico a tontas y a locas: por ahí se ve un barrio de edificios abocardillados que ha quedado arrumbado; un enorme edificio del mismo género que es un desentono en la blancura de la ciudad; que aplasta todo cuanto lo rodea, y que casi no hay que hacer con él; algunas cúpulas en los ángulos de edificios planos, y que nada cubren. Con muchos de esos adeseos que culpicasen la masa de construcciones, Montevideo perdería su nitidez y su blancura; dejaría de ser quien es. Y los que lo amamos, lo queremos, y no sin causa, tal cual es: la ciudad sincera greco-romana de las líneas rectas ingenuas, y de las amables blancuras deslumbrantes.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN